

Miguel, poeta cabrero

Corría el año 1942 cuando moría Miguel Hernández, en un sórdido rincón de la cárcel de Alicante, víctima de la tuberculosis y de la incompreensión de un pueblo que ha tardado en reconocerse a sí mismo. Esta primavera hace 48 años desde que se produjo aquel trágico desenlace, aquella terrible pérdida.

A Miguel le denominaron de muy diversas formas: poeta cabrero, poeta de la revolución, poeta del pueblo..., pero, sin duda, fue un amante de la literatura.

Sus amigos recuerdan a un hombre sensible, de mediana estatura, moreno, pelo corto y porte elegante, que solía dedicar sus ratos libres a leer. Era un aprendiz nato, un autodidacta, que muy pronto comprendió que el mayor tesoro de un hombre lo constituyen los saberes que adquiere. Esto es algo que nunca le pueden quitar, a no ser que le arranquen la vida, como hicieron con él.

Según su amigo Ramón Pérez, Miguel Hernández pertenecía a una familia humilde y fue obligado por su padre a dejar sus estudios, cuando este poeta en ciernes era el que conseguía las mejores calificaciones de su clase. Seguramente le resultó humillante que sus antiguos compañeros del colegio de los jesuitas le vieran como cambiaba el oficio de alumno por el de pastor.

Ello le llevó, sin duda, a acrecentar su afición por los libros y a leer cada día más. Así, mientras pastoreaba, penetraba y profundizaba en los más diversos conocimientos, que le fueron forjando su personalidad y justificando el calificativo que le dieron sus amigos de "ávido lector".

Miguel Hernández, cuando tenía tiempo, se desplazaba a la biblioteca del pueblo o bien visitaba las pocas librerías que existían en Orihuela.

Cuentan los que le conocieron que la bibliotecaria Inocencia González-Palencia se enfadaba porque devolvía los libros manchados de aceite o mojados, puesto que él gustaba de llevárselos al campo con sus ovejas y cabras.

A veces he imaginado a Miguel Hernández como un eterno adolescente, que primero en sus lecturas y posteriormente a través de su poesía, refleja esos tres temas recurrentes en su obra: la vida, el amor y la muerte. Esa vida que le arrebataron cuando tan sólo contaba 32 años, ese amor frustrado por todo lo que existe, esa muerte que encontró cara a cara envuelto en una profunda soledad y desesperanza.

Su preocupación social es honda. Le duelen las miserias del hombre y de su propia existencia, que no concibe separada del resto de sus congéneres. Ello le lleva a refugiarse en sus dos grandes aficiones: la poesía y la lectura, siempre relacionadas con sus constantes preocupaciones.



Como lector capta la fuerza de la palabra, que luego traslada a sus poemas, donde conjuga arte e inspiración, y presente temas de raigambre popular, mediante técnicas de escritura muy depuradas.

Miguel tenía una memoria prodigiosa, dice su amigo Ramón Pérez. Seguramente la desarrolló con sus abundantes lecturas, que le procuraron una vasta cultura. Vicente Aleixandre y Pablo Neruda fueron, además de amigos, dos de sus autores preferidos contemporáneos.

Nuestro poeta fue condenado a muerte por sus dos pasiones, por dedicarse a actividades intelectuales y por escribir crónicas en favor de la libertad.

¡Ay, cómo me duele ese niño yuntero que llevaba dentro! Su sentido trágico de la vida y sus presagios de

una muerte que él intuía cercana se muestran en alguno de sus poemas: "Mi sangre es un camino", "sino sangriento", "vecino de la muerte"...

Miguel ya no sufre al ver una sociedad dividida por la incompreensión. Desde hace 48 años su espíritu vuela, porque, como el dijo en alguna ocasión, "los poetas somos viento del pueblo, que nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas". Así lo creo.

¿Qué es una biblioteca para mí?

Me gusta leer. Ardo en deseos cada día de llegar a la biblioteca, de estrechar entre mis brazos los libros, de cogerlos, leerlos y releerlos. No puedo evitarlo. Es, como un imán. No puedo, y no quiero. Añoro el momento en que cojo un libro. Lo leo, lo leo, lo leo y el mundo se detiene. El tiempo se para y espero con ansia el que el próximo día pueda volver, pueda volver a la biblioteca y coger de nuevo los libros entre mis manos. Entre estas manos desgastadas, que ya, aunque no muy viejas, necesitan, para rejuvenecerse, coger un libro. Y no es sólo eso, pues la biblioteca tiene un efecto sobre mí, que me hace transformarme con mi mente, en cualquiera de los personajes fantásticos o reales de la literatura

o del pensamiento.

La biblioteca, la biblioteca es para mí lo que yo siempre he soñado. Con la biblioteca, subsisto. Gracias a la biblioteca, estoy vivo. Quizás, quizás los libros son una fuente de juventud. Quizás sea así. Porque en ellos está la prolongación de la vida de sus autores. Pero no sólo eso, pues la biblioteca tiene otro efecto sobre mí, y cuando salgo de allí, transformo mis ideas en historias que siguen a lo que he leído. Así, si por ejemplo he leído un viaje hasta el fin del mundo, me transformo en uno de los viajeros y sigo navegando entre las estrellas. Sigo buscando algo que nunca aparecerá.

TEO HURTADO (ONCE AÑOS)